EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º **36**, TOMO II.—LUNES 20 DE OCTUBRE DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

TRADICIONES POPULARES DE ESPAÑA, artículo 3.º—LA CRUZ DE ORO, continuacion del capítulo 4.º—FRAGMENTOS DEL GENIO DEL CRISTIANISMO.—ANUNCIO.—ADVERTENCIA.

TRADICIONES POPULARES DE ESPAÑA.

RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

ARTÍCULO TERCERO.

EXCITARON los triunfos de Rodrigo Diaz de Vivar la admiracion de los pueblos, en que á la sazon se encontraba España dividida, y mientras que los reyes moros se apresuraban á solicitar su amistad, reconociéndole al propio tiempo como á señor, trataron algunos príncipes cristianos, poco atentos al decoro de su religion y al bien estar de la patria comun, de desacreditar enteramente á tan esclarecido guerrero. Adelantóse á todos Raimundo III conde de Barcelona, que aun guardaba al Cid la enemiga que engendrára en su pecho el vencimiento pasado, y mandóle un faraute retándolo á un combate de poder á poder.

Trató Rodrigo de esquivar semejante escándalo que veía como una calamidad para la causa del cristianismo, y puso en juego cuantos medios le dictaron su razon y buen juicio para estorbar que el arrojado Conde llevase adelante su intento. Mas todo fué en vano: Raimundo se obstinó en llegar á las armas con el campo del Cid, y desconfiando éste de reducirlo, valiéndose de la solicitud y el consejo, le presentó la batalla, en la cual fué derrotado el Conde de Barcelona, cayendo al propio tiempo en poder del valeroso Rodrigo.

Gran sentimiento recibió Raimundo al ver humillada su arrogancia y deshecho su orgullo, habiendo caido en manos de quien generosamente le habia disuadido de tan desatinada empresa. Resolvióse á poner término á sus dias y se negó en este empeño constantemente á tomar el alimento necesario para sustentarse. Digno es de tenerse presente lo que sobre este punto dice el *poema del Cid* que llevamos citado:

El conde don Remont non gelo precia nada.
Adúcenle los comeres, delante gelos paralan:
El non los quiere comer, á todos los sosanaba.
—«Non combré un bocado por cuanto ha en toda España.
Antes perderé el cuerpo é dejaré el alma:
Pues que tales malcalzados me vencieron en batalla.»
Mio Cid Ruy Diaz odredes lo que dijo:
—«Comed, Conde, deste pan, é bebed deste vino:
Si lo que digo ficiéredes saldredes de captivo,
Sinon en todos vuestros dias non veredes christianismo.»

Vencido al fin el Conde de la generosidad de Rodrigo, comió y bebió como aquel héroe lo exigia, y vióse al punto puesto en libertad, quedando muy prendado de la franqueza del Cid, con quien conservó relaciones amistosas durante su vida.

Necesitó el rey Alfonso entretanto de la ayuda del Cid, mandóle llamar alzándole el destierro y recibiólo con grandes muestras de aprecio, granjeando con amigables palabras su voluntad. Para darle una prueba públicamente de cuanto hacia en su obsequio, ordenó una ley en que dispuso que siempre que fuera condenado en destierro algun hidalgo, no pudiera llevarse á cabo esta disposicion hasta pasar treinta dias en vez de los nueve que antes se acostumbraban. Aconteció en esta ocasion que los moros de la Andalucía se revolvieron, apoderándose un hombre principal de ellos del castillo de Grados, y acudiendo el dueño de esta fortaleza al rey don Alfonso, cuyo tributario era, para que le amparase. Tomó á su cargo Rodrigo Diaz de Vivar el reducir al ambicioso sarraceno, y marchó con buen golpe de gente en busca de Almofala que asi era el nombre del usurpador, dándose tan buena maña que á poco tiempo cayó en su poder el castillo y el moro que lo defendia; enviando éste á don Alfonso, para que hiciese de él lo que mas le agradára.

Tornóse el Cid, terminada gloriosamente esta empresa, al Aragon, donde en una batalla campal venció al rey don Sancho, que amparaba á Alfagio, rey moro de Denia, cuya victoria dió mucho contento al rey de Castilla, el cual le hizo venir para honrarle en su córte, dándole las villas de Bribiesca, Berlanga y Arceneja.

Rehizose entretanto el rey de Denia, y deseoso de vengarse rompió por las tierras de Castilla hasta llegar á Consuegra. Acudió don Alfonso á contener la saña del sarraceno y dióle batalla junto á Alarcos, salvándose en la fuga el arrogante rey de Denia. En este combate murió don Diego Rodriguez de Vivar, con gran sentimiento del rey y no menor duelo de su generoso padre; siendo enterrado en el monasterio de Cardeña, que tanta celebridad ha adquirido por encerrar los restos de tan ilustre familia.

Desembarazado ya de esta contienda que tanto pesar le habia causado, volvió el Cid á la parte de Aragon llevando mas adelante sus conquistas y se apoderó en poco tiempo de Alicante, Xérica, Almenara y Onda, llegando hasta Monzon, cuyas tierras hizo tributarias de su ejército. Alentado con semejantes victorias, concibió el proyecto de conquistar la cabeza del reino de Valencia, y haciendo alarde de sus fuerzas, vió que podia acometer y llevar á cabo una empresa tan colosal y arriesgada, si bien habia menester para conseguirlo de toda su constancia. Situada esta ciudad populosa en el centro de la morisma, podia ser fácilmente socorrida por todas partes, sin que las huestes castellanas recibieran refuerzo alguno, viéndose por tanto reducidas al último estremo bajo la conducta de otro capitan menos esperto ú otro caudillo, cuyo corazon no alentase tan altas ideas.

Pero el Cid no temia que le abandonase la victoria, que parecia ir atada á su pendon glorioso, y henchido, como sus bravos campeones, del entusiasmo religioso, que era el alma de aquella época, no titubeó un punto en dar cima al pensamiento que habia concebido. Ambicionaba el rey moro de

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRÁFICO DEL SIGLO XIX

Zaragoza para sí la posesion de Valencia y comunicó al Cid este pensamiento por mantener con él las mas estrechas relaciones de amistad. Negóse entonces Rodrigo á coadyuvar á esta empresa, porque como hombre de Estado no gustaba de emplear sus armas en pró del comun enemigo, y como vasallo del rey don Alfonso no quería turbar las paces que entre éste y el moro Hiaya mediaban á la sazon, máxime cuando el de Castilla habia ofrecido al rey de Valencia su proteccion, cuando le despojó de la ciudad y reino de Toledo.

Hizo sus tributarios mientras tanto á casi todos los señores de las fortalezas vecinas á Valencia, y aprovechando la ocasion de haber dado la muerte los moradores de esta ciudad al rey Hiaya, poniendo en su lugar á Albeuxafa, caudillo de los Almoravides, á quienes llamaron en su ayuda, movió su ejército contra la capital, resuelto á no levantar mano de la empresa, hasta reducirla á su poder.

Duró el sitio mas de diez meses hasta que vencidos los cercados en varios encuentros, y desesperando de ser socorridos se entregaron al Cid; el cual estableció con beneplácito de don Alfonso en esta ciudad un obispado y llamó á su esposa é hijas para probar á los moros que tenia resuelto el conservar la ciudad conquistada á todo trance.

Envió al rey de Castilla un opulento y numeroso presente, compuesto de doscientos caballos escogidos y otros tantos alfanges moriscos de gran precio.

Mas apenas habian llegado á Valencia las hijas y la esposa del Cid, cuando desembarcando el emperador de Marruecos Juzeph con poderoso ejército en las playas de aquella marina, se puso sobre la ciudad, amenazando reducirla á cenizas. Recibió el Cid gozoso esta noticia, y

Basteció bien los castillos
Y en todo puso recaudo,
Esforzó sus caballeros
Como lo há acostumbrado.
Subiera doña Jimena
Y á sus hijas en su cabo
En la que es mas alta torre
Que en el Alcázar se ha hallado.
Miraron contra la mar,
Los moros habian mirado;
Viendo como armaban tiendas
A gran prisa y gran cuidado
Alrededor de Valencia,
Grandes alharidos dando,
Tañendo sus atambores
Los aires van penetrando.
Doña Jimena y sus hijas
Gran pavor habian cobrado;
Porque jamás habian visto
Tantas gentes en un campo.
Esforzábalas el Cid
De aquesta suerte fablando:
«No temais, doña Jimena
Y fijas que tanto amo;
Mientras que yo fuere vivo,
De nada tengais cuidado:
Que estos moros que aquí vedes
Vencidos habrán quedado,
Y con el su gran haber,
Fijas, os habré casado;
Que cuantos mas son los moros,
Mas ganancia habrán dejado.

Presentó, en efecto, el valeroso Rodrigo la batalla al rey moro, y apretóle de tal manera, que desbaratado su ejército, y no pudiendo contener la fuga de sus soldados, apenas alcanzó á salvarse en su armada, lleno de furor y despecho. Este mismo acontecimiento se vé contado en el *Poema del Cid*, con tanta sencillez y naturalidad, que no podemos resistir al deseo de trasladar á nuestras columnas el referido pasaje. Dice así:

Estas nuevas á mio Cid eran venidas:
«Grado al Criador é al padre espiritual,
Todo el bien que yo hé, todo lo tengo delante.
Con afan gané á Valencia é hela por heredad:
A menos de muert non la puedo dejar.
Grado al Criador é á Santa Maria Madre,
Mis fijas é mi mugier que las tengo acá:
Venidom es delicio de tierras de lent mar.
Entraré en las armas, non le podré dejar:
Mis fijas é mi mugier verme han de lidiar.
En estas tierras ajenas verán las moradas como se facen;
Afarto verán por los oios como se gana el pan.»
Su mugier é sus fijas subiólas al Alcázar:
Alzaban los oios; tiendas vieron fincadas;
«¿Qué es esto, Cid, si el Criador vos salv·?
—Ya, mugier ondrada non hayades pesar:
Riqueza es que nos acrece maravillosa é grand;
A poco que vinisteis presend vos quieren dar
Por casar son vuestras fijas, aducenvos axmiar.»

Envió al rey D. Alfonso otro riquísimo presente de los despojos ganados en esta batalla, y deseosos algunos de los magnates de la córte de ilustrar sus nombres con la fama de las proezas de Rodrigo, trataron de aliarse con su familia en estrecho vínculo: adelantáronse á todos los infantes de Carrion don Fernando y D. Diego, y pidieron al rey las manos de las hijas del Cid, para que D. Alfonso interpusiera su autoridad en este asunto con el héroe. Consintió el rey, y no pudo Rodrigo resistirse á los deseos de éste, si bien presentia en su corazon lo que habia de resultar de semejante enlace. Fueron sin embargo las bodas celebradas espléndidamente en Valencia, y el Cid regaló á sus nuevos hijos sus dos famosas espadas de batalla, llamadas *Colada* y *Tizona*.

Celebráronse en 1098 los desposorios y fueron tales las fiestas que con ocasion de este acontecimiento se hicieron en Valencia, que llamaron la atencion de toda España. Amenizaron estos regocijos toda suerte de juegos caballerescos, y diéronles mayor pompa y realce las representaciones, que segun la *Crónica general*, se verificaron en loor de las hijas de Rodrigo; siendo esta la vez primera que se hace mencion en nuestras historias de los *yoglares* y *yoglaresas*. Este hecho, que de propósito hemos citado, viene á justificar el aserto que en nuestro primer artículo asentamos respecto á la historia del Cid: así como á mediados del siglo XII dieron motivo sus hazañas á que las musas españolas se ensayasen en la poesía narrativa, así tambien á fines del XI habian servido de estímulo á la dramática, que en consonancia con los conocimientos y el estado de aquella época, dió las primeras muestras de vida. Mas las fiestas que con tan espléndido aparato se llevaron á cabo, no fueron bastantes á llenar el pecho del valeroso conquistador de Valencia de confianza, en cuanto á los infantes, sus yernos.

Habia consentido en las bodas por no desairar al rey Alfonso, mostrando así que no abrigaba contra él resentimiento alguno. Pero era el Cid muy amante de los valientes, y los jóvenes infantes no habian dado prueba alguna de valor antes de unirse á sus hijas. Un acontecimiento imprevisto, que refieren tanto el *Poema* como los *Romances* citados, vino á confirmar á Rodrigo en sus temores, poniendo de manifiesto el punto á que llegaba el ánimo de los condes.

Tenia el Cid en su palacio un leon que le servia de recreo, el cual rompiendo un dia las cadenas que le sujetaban entró precipitadamente en la estancia en que el héroe se encontraba acaso con su familia. Sobresaltáronse todos, y en especial los infantes se amedrentaron en tal manera, que uno de ellos se escondió debajo del escaño de Rodrigo, y el otro corrió despavorido á ocultarse en lugar no muy decente, y del cual, como dicen los Romances, salió algun tanto perfumado.

El menor Fernan Gonzalez
Dió principio al fecho malo:
Que cabe el Cid se escondió
Bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
Se escondió á trecho muy largo,
En un lugar tan lijoso
Que non puede ser contado.
Entró gritando la gente,
Y el leon entró bramando,
A quien Bermudo atendió
Con el estoque en la mano.
Aquí dió una voz el Cid,
Y al cuello le echó los brazos
Y volvióle á la leonera,
Haciéndole mil falagos.

Desembarcó á poco tiempo una flota sarracena en las costas de Valencia, y dirigióse contra la ciudad con ánimo de sujetarla de nuevo al imperio de los musulmanes. Vieron todos los antiguos soldados de Rodrigo con grande gozo este suceso, que les presentaba la ocasion de adquirir nuevos triunfos y riquezas, mientras los cobardes infantes se llenaron de pavor, prefiriendo la deshonra á pelear gloriosamente por su religion y por su patria. Ordenó el Cid sus huestes, y presentó la batalla al rey Búcar, que mandaba las armas sarracenas, quedando estas derrotadas y muerto su caudillo en singular combate con el héroe castellano.

Acobardados y llenos de espanto los afeminados condes huyeron de los peligros en la batalla; pero cuando Pedro Bermudez, sobrino del Cid, los vió retirarse tan ignominiosamente, les dirigió su voz en estos términos, segun refieren los *Romances*.

Tirad, fidalgos, tirad
A vueso troton el freno:
Que en fugir de aquese modo
Mostrais el pavor del pecho.
¿De un hombre solo fugís?...
Mirad que no es hombre bueno
Quien fuye en tal lid á un moro,
Donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
Como fidalgos á fierro,
Non vayais entre fidalgos,
Que fincan contino muertos.
Tornadvos luego á Valencia,
Que si non faceis mas que eso,
Tambien saldrán á lidiar
Las damas que quedan dentro.
Mala andanza vos dé Dios,
Pues con afecto tan feo
Asi en público fugís,
¡Qué será siendo en secreto!...

Acarreó esta accion á los condes los sarcasmos y burlas de todos los guerreros del Cid, y no pudiendo soportar por mas tiempo la vergüenza que les causaba su innoble proceder, pidieron licencia al héroe para retirarse á vivir pacíficos á sus tierras, situadas en el centro de Castilla. Consideraron Rodrigo y Jimena esta repentina separacion de los condes como un presagio de grandes males, y no les engañó su noble y leal corazon en este punto. Separáronse, despues de derramar abundantes lágrimas, doña Sol y doña Elvira de sus queridos padres, y estos colmaron á los ingratos infantes de grandes beneficios y regalos, ciñéndoles el Cid, como queda dicho, las famosas espadas de batalla que tantas victorias habian alcanzado del poder musulman. Pero irritados los condes con los denuestos de que habian sido blanco en la córte de Rodrigo, habian jurado vengarse, y no encontraron un medio mas decoroso para conseguirlo que el de injuriar á las hijas del héroe, que tan magnánimo se habia mostrado con ellos.

Partieron, pues, de Valencia, y fueron recibidos por Aben Galvan, rey de Molina, y aliado y amigo del Cid, con gran pompa, celebrando su llegada con fiestas públicas y otras demostraciones del mismo género. Mas en pago de tan leal hospitalidad trataron los condes de asesinarle para apoderarse de sus riquezas. Un moro que entendia acaso la lengua castellana, sorprendió sus infames proyectos y los reveló inmediatamente al desapercibido rey. Llamó este entonces á los infantes, y afeándoles tan inicuo proceder, les habló en esta manera, como cuenta el *Poema* que llevamos citado:

Decidme, ¿qué vos fiz, infantes de Carrion?
Hyo sirviéndovos sin art
Evos consciastes pora mi muert
Si no lo dexas por mio Cid el de Bivar
Tal cosa vos faria que por el mundo sonas,
E luego levaria sus fijas al campeador leal:
Vos nunqua en Carrion entrariedes jamas.
A quin parto de vos como de malos é de traidores.
Hiré con vuestra gracia don' Elvira é doña Sol,
Poco precio las nuevas de los de Carrion.
Dios lo quiera é lo mande que de todo el mundo es señor.
De aqueste casamiento que grade al campeador.

Desconfiando Rodrigo de sus yernos, habia mandado á su sobrino Felez Muñoz que los acompañára en todo el camino, para evitar cualquiera infame

hecho que intentasen acometer. Partieron sin embargo los infantes de la córte de Aben Galvan, y se dirigieron á los Robledos de Córpes, lugar montuoso y que convidaba con la frescura que presentaba la sombra de los altos árboles á descansar. Mandaron los condes hacer parada en este sitio, y pasaron toda la noche en el Robledo, entregados al parecer á los goces que presta el himeneo á las almas puras y nobles. Pero no bien la aurora comenzó á teñir el cielo de arreboles, cuando ordenando que se adelantasen sus criados, dejaron aquel amoroso y falaz lenguaje, trocándole por los mas groseros denuestos é inmundas acciones contra las hijas de Vivar. Despojáronlas villanamente de sus *mantos* y *pellizones*, y atándolas al tronco de dos árboles, maltrataron sus delicadas carnes inhumanamente con las cinchas de los caballos. Así refieren los romances este hecho:

Por los cabellos las toman,
Habiéndolas desnudado:
Arrástranlas por el suelo,
Tráenlas de uno al otro lado,
Dánles muchas espoladas,
En sangre las han bañado:
Con palabras injuriosas
Mucho las han denostado
Los cobardes caballeros
Y allí se las han dejado,
Diciendo: «Fijas del Cid,
En vos seremos vengados:
Que vosotras no sois tales
Para con nos vos casaros:
Pagaréisnos las deshonras
Que el Cid á nos hobo dado,
Cuando soltára el leon
Y procuraba matarnos.

En vano doña Sol y doña Elvira imploraron la clemencia de los cobardes condes: la saña que habian concebido, al verse motejados por los valientes del Cid, y que no habian podido saciar en ellos, endureció sus crueles corazones, y las súplicas de las desconsoladas damas sirvieron solo para aumentar la cólera de aquellos esposos perjuros. Desmayadas con el rigor de los golpes que habian recibido, y espuestas á la voracidad de las fieras y aves de rapiña, hubieran sido víctimas de tan alevosa traicion, á no haber recelado de la conducta de los condes el leal Felez Muñoz, volviendo cautelosamente á donde habian pasado aquellos la noche luego que se alejaron del Robledo, que fué teatro de su pérfido comportamiento. Hallólas del modo que hemos dicho anteriormente, y les dirigió su voz para animarlas, en esta forma:

Despertedes, primas, por amor del Criador,
Que tiempo es el dia ante que entre la noch.
Los ganados fieros no nos coman en aqueste mont.
Esforzadvos, primas, por amor del Criador.
De que non me fallaren los infantes de Carrion,
A gran prisa seré buscado yo.
Si Dios non nos vale aquí morremos nos.

Y segun cuentan los *Romances*, de esta manera:

Si vuestra honra es la mia,
No es bien honrado me llame,
Sinó gano como fuerte,
Lo que hoy pierdo por cobarde.
Entended, aleves condes,
Que á mi tio no afrentastes,
Ni que se mancha tal paño
Con cuatro gotas de sangre.
No puede aunque fue en dos primas,
Afrenta aquesta llamarse,
Si el Cid, que el baldon recibe,
No lo escucha, ni lo sabe.
Mas desatemos sus manos:
Que del recibido ultraje
Venganza nos dará el Cielo,
Si yo no fuese bastante.

Apagó Felez Muñoz con el agua de una próxima fuente la sed que la falta de sangre habia despertado en las infelices damas, las cuales recobrando sus perdidas fuerzas á vista de su primo, pudieron cabalgar en el caballo de éste, que las condujo á Santisteban y despues á Valencia, en donde supo el Cid el desacato cometido por los cobardes condes. Llenóse de indignacion el pecho del magnánimo Rodrigo y juró vengarse de don Diego y don Fernando, esclamando de este modo:

Caballos vos dí ruanos
Y para en plaza seis yeguas,
Sendas capas de contray
Con los aforros de belfa;
Y en pago de mi fiducia
Y en pago de mis riquezas
¡Me las enviades, condes,
Azotadas sin vergüenza!.....
¡Sus albos cuerpos desnudos,
Ligadas sus manos bellas,
Sus crenchas desmelenadas,
Sus tristes carnes abiertas!....
Voto fago al pescador,
Que gobierna nuestra Iglesia,
Y mal grado haya con él
Cuando le fable en Cerdeña,
Si en Fromisa y Carrion,
Torquemada y Valenzuela,
Villas de vuesos condados,
Queda piedra sobre piedra.

Mas antes de emprender la venganza que premeditaba, envió al rey don Alfonso un embajador, recordándole que el matrimonio de sus hijas se habia celebrado con los condes por la mediacion y ruegos del mismo soberano y que tocaba por tanto al rey el tomar enmienda de tamaño desacato, antes de que él se viese en la necesidad de castigar por sí á los condes. Sintió don Alfonso la ofensa de don Rodrigo, como era de esperar, y convocó en Toledo Córtes, compuestas de los próceres y magnates del reino, para que decidiesen cumplidamente de la querella suscitada por los condes de Carrion.

Quiso tambien Rodrigo asistir como parte á este gran jurado, y partió á poco tiempo de Valencia, despidiéndose de sus hijas y esposa, la cual le animó con estas palabras:

Mirad, le dice, señor,
Que la sangre de aquel conde
Que matásteis como bueno,
Que la vengueis como noble.
. . . . . .
No acepteis del rey Alfonso
Escusa, ruego, ni dones:
Que mal se cubre una injuria
Con afeite de razones.
. . . . . .
Dios os guarde donde vades:
Que son los competidores
Crueles como cobardes,
Como cobardes traidores.
Yo sé bien que vais seguro,
Sinó fuese de traidores:
Que atrevidos con mujeres
Nunca lo son con los hombres.
. . . . . .
—«Así suceda, Jimena,»
El famoso Cid responde,
Y bajando la cabeza
Picó á Babieca y partióse.

En el siguiente artículo veremos cuál fue el resultado de las Córtes de Toledo y de la contienda á que dieron lugar los desalmados y cobardes condes de Carrion.

ARTÍCULO CUARTO Y ÚLTIMO.

Llegado el dia que el rey don Alfonso habia fijado para la reunion de sus magnates en córtes, presentáronse los principales caballeros de Castilla, deseosos unos de administrar justicia al valeroso Rodrigo, y ganosos otros de vengar los desaires, que por su causa habian sufrido de sus mismos vasallos, que veian con envidia las hazañas del Campeador.

Capitaneaba el partido de los enemigos del héroe el conde don García Ordoñez, y alentando á los cobardes condes á la defensa, no omitió medio alguno para triunfar de la justicia del Cid por medio de los mas astutos ardides y pérfidas sugestiones.

Sabia Rodrigo que se aparejaban sus envidiosos émulos á conspirar abiertamente contra su honra, y aun conocia los nombres de los que mas ardor mostraban en tal empeño. Mas nada pudo detenerle: fiaba en que la razon estaba de su parte, y como caballero y como cristiano, creia que era imposible que los hombres se negasen á la vindicacion de su honor, y que el Dios, por quien tantas veces habia derramado su sangre, permitiera que la maldad alcanzase la victoria en una lid tan santa y tan noble. Llegó pues á Toledo, acompañado de trescientos caballeros, todos valientes y aguerridos, y mandóles que estuvieran prontos á tomar las armas en caso de ser acometidos; se dirigió con algunos pocos al palacio de Galiana, en donde las córtes se celebraban, no sin la precaucion de llevar ocultas bajo sus ricas vestiduras armas para defenderse, si los de Carrion se propasasen ó atentasen contra la vida del héroe. Mandó el rey colocar junto á su silla el escaño que el Cid habia traido de Valencia, é imponiendo silencio á los que principiaban á murmurar por la preferencia que daba á Rodrigo, habló en esta forma:

Mándovos, que callen todos,
Infanzones y homes buenos
Vos, Cid, metedlos en culpa
Y ellos defiendan su pleito;
Líbrese á vos la justicia
Con que quedeis satisfecho.
Seis alcaldes vos señalo
De mi rastro y mi Consejo
Y que todos ellos juntos
Juren en los Evangelios
Que cuidarán de ambas partes
Asaz entender el fecho
Y entendido juzgarán
Sin pasion, amor, ni miedo.

No bien habia acabado de hablar el rey Alfonso, cuando dirigiéndose Rodrigo á los condes (que desanimados y llenos de pavor no se atrevian á alzar los ojos para mirarle) sin dar muestra alguna de sobresalto, les pidió las espadas *Colada y Tizona*, que les habia regalado al unirse con sus hijas, de esta manera:

Yo vos demando, los condes,
Ante rey, que ende nos mira,
Porque á Colada y Tizona
No es bien que aleves las ciñan.
Muy fambrientas las tenedes,
No yantan como solian:
Que siempre pechos cobardes
Dan escasas las feridas.

Ordenaron los jueces que fuesen entregadas al momento las mencionadas espadas al Campeador, y el conde don García aconsejó á los infantes que cediesen en este punto sin repugnancia alguna, por parecerle cosa de poco valer. Pidió despues Rodrigo que le devolviesen trescientos marcos de plata, que habian recibido en dote de sus hijas, y los infantes tuvieron tambien que ceder á esta demanda, no sin verse en un grande aprieto, teniendo que hipotecar para verificarlo la mayor parte de sus bienes.

Empezaron, al ver que el Cid parecia limitarse á recobrar solamente los intereses, á abrigar los cobardes condes la esperanza de que se contentaria con semejante reparacion. Pero no comprendieron que para el alma de un hombre como Rodrigo Diaz de Vivar, era el interés mezquino una cosa despreciable de todo punto y que usando de esta conducta pensaba martirizarlos, hiriéndolos por los mismos filos que ellos habian ensangrentado en la honra del héroe. Así fué que, despues de que recobró sus riquezas y entregó sus dos espadas á sus sobrinos Pero Bermudez y Martin Antolinez, volvióse al rey don Alfonso y le habló en esta sustancia:

«Yo os doy las gracias, mi señor y mi rey, pero »no puedo olvidar la mayor de mis ofensas. Escu»chadme, señor: escuchadme tambien, vosotros »que componeis la asamblea, y tomad parte en mis »dolores. No me doy por satisfecho de los infantes

»de Carrion, que me han deshonrado de un modo »tan indigno, sino por medio de un combate. In»fantes de Carrion!... hablad, ¿os he ofendido al»guna vez? Hablad, abrid vuestro corazon á la asam»blea, que yo someto nuestra querella á su decision. »Os dí en Valencia mis hijas llenas de virtud y po»seedoras de riquezas, ¿por qué las sacásteis de allí »donde vivian tan honradas, si no las amabais, trai»dores? por qué las habeis maltratado con las cin»chas de los caballos? ¿por qué abandonádolas en »lo mas fragoso de las montañas de Córpes, para »que fuesen pasto de las fieras? Pero esta afren»ta no á ellas, á vosotros ha envilecido, cobardes »condes.»

Rogó despues Rodrigo á la asamblea que decidiera si le debian los infantes ó no la satisfaccion que exigia, y al oir esta demanda, poniéndose de pié el conde Ordoñez, esclamó, echando en cara al Cid que se habia dejado crecer la barba para intimidar á unos é imponer á otros espanto, y asegurando que los de Carrion eran de tan elevada gerarquía que solo podian querer á las hijas del Cid para barraganas.

Semejante insulto no pudo menos de encender la justa saña de Rodrigo, el cual mesándose las barbas replicó al insolente conde en estos términos: «Mi barba es larga porque ha crecido á mi placer y ninguno de los nacidos ha osado tocarla, como yo lo hice con la vuestra, señor conde, en el castillo de Cabra. Cuando tomé aquella fortaleza, os la arranqué de cuajo, y desde entonces no os ha vuelto á crecer.» Y dirigiéndose despues á los infantes les habló de este modo:

Digádesme, aleves condes,
¿Qué fallastes en mis fijas
O cuando á dicha cuidastes
Dueñas de tan alta guisa?
¿Por aventura por ellas
Los fidalgos de Castilla
Qué baldones vos han dado?...
¿En qué vueso honor vos quitan?
Es madre doña Jimena
De mi Sol y de mi Elvira:
De tal madre, ¿qué enseñanzas,
O qué fembras de tal vida?
Yo os repto, aleves infantes,
Por facer mi sangre limpia;
Porque el golpe del agravio
No hay miembro que no lastima.
Tenudo soy á facello
Por vuesa honra y la mia:
Que la mancha del honor
Solo con sangre se quita.

No osaban replicar los infantes á las palabras del Cid, hasta que el rey Alfonso les invitó á que lo hicieran, y el mayor de los hermanos se espresó de esta manera:

Ya, señor, sabeis que somos
De los buenos de Castilla:
Dejamos nuesas mujeres
Porque no nos merecian:
Casar con hijas del Cid
Gran deshonra los venia.

No pudieron contenerse los que acompañaban á Rodrigo, á vista de tantos desafueros como los infantes cometian contra su señor, y afeándoles su mal proceder y la cobarde conducta observada en Valencia, se adelantó Pedro Bermudez hácia el rey Alfonso y los desmintió, añadiéndoles:

Lengua sin manos cuemo osas fablar?
Di, Fernando, otorga esta razon
¿No te viene en miente en Valencia lo del leon
Cuando durmie mio Cid é el leon se desató?—
Estot lidiaré aqui antél rey don Alfonso
Por fijas del Cid don' Elvira é dona Sol:
Ellas son mugieres, é vos sodes varones:
En todas guisas valen mas que vos.

Desafióle despues, y otro tanto hizo Martin Antolinez con el infante D. Diego, esperando hacerle confesar su infamia en la liza. Tomaron parte en la contienda varios amigos de los condes, llevando su osadía hasta el punto de insultar á Rodrigo Diaz, y moviéndose por esta causa tamaño desórden, que tuvo el rey Alfonso que hacer uso de su autoridad para contener á los defensores de uno y otro bando. Concedió el rey, en fin, la gracia del combate, y ordenó al Cid que señalára tres de sus caballeros, que en defensa de su causa lidiasen, y el héroe de Valencia no titubeó un punto en designar á sus dos sobrinos y al valeroso Nuño Bustios, que habian sido en mil ocasiones compañeros de sus gloriosas empresas.

Hubiera querido el rey Alfonso que el reto se hubiese llevado á cabo al dia siguiente: mas hubo de ceder á los ruegos de los infantes, que pidieron una próroga de veinte y un dias para prepararse, y entretanto se volvió el Cid á su ciudad de Valencia; no sin haber regalado antes á su soberano su famoso caballo de batalla, conocido en las crónicas con el nombre de Babieca. Espiró últimamente el plazo señalado, y el rey acudió al sitio del combate, seguido de los tres campeones del Cid: comparecieron tambien los infantes, asistidos de D. García Ordoñez, y llenas las formalidades que exigian las severas costumbres de aquella época, dieron principio á la batalla, cayendo atravesado de una lanza el infante Fernan Gonzalez, y huyendo su hermano Diego fuera del palenque, confesándose vencido. Cayó tambien herido de una lanzada Asur Gonzalez, quedando como muerto, y los jueces de la liza declararon el campo por los defensores del Cid, holgándose mucho el rey Alfonso del término de esta querella, que tanto pesar le habia causado.

Grandes fueron las fiestas que se hicieron en Valencia al saberse este acontecimiento, que lavaba la mancha echada por los cobardes infantes en la fama del héroe de Vivar. Mas apenas se estendió por toda España la de tan noble hecho, cuando los reyes de Navarra y de Leon enviaron al Cid sus embajadores para pedirle sus dos hijas doña Elvira y doña Sol, casándose la primera con D. Ramiro, primogénito del de Navarra, y la segunda con D. Pedro, infante de Aragon.

Con este hecho termina el *Poema* que hemos citado repetidas veces, notándose en los últimos versos que Rodrigo Diaz de Vivar falleció en el dia de Pentecostés, sin espresar el modo ni el año de su muerte. Nada dice tampoco de cierto el P. Juan de Mariana en su *Historia general* sobre este punto, limitándose únicamente á indicar que el vencedor de Valencia murió cinco años despues de conquistada esta ciudad del imperio de los musulmanes.

Los *Romances* de que hemos hecho mencion, dan motivo para fijar algun tanto la época de la muerte del Cid; y llevados sin duda de estas conjeturas han afirmado sus comentadores que pasó de esta vida el 29 de mayo de 1099, indicando el erudito Muller que fué en julio del mismo año. Sea como quiera de estos hechos, parece lo cierto que Rodrigo Diaz sobrevivió muy poco á la victoria alcanzada en Carrion contra los alevosos condes, lo cual se prueba tanto por la fecha que hemos apuntado, como por el contesto de los Romances, que presentan al Cid muy doliente á poco del referido triunfo.

Mas no abandonó la victoria las banderas del héroe y cuando ya estaba próximo á bajar al sepulcro alcanzó varios triunfos sobre los moros de Africa, que firmes en el empeño de apoderarse de Valencia, no dejaban de estrecharla y combatirla con fuertes y numerosos ejércitos. Murió por fin, dejando hundidos en el mas amargo quebranto á sus caballeros, y siendo lamentado por toda España el que tan gloriosas empresas habia llevado á cabo, á la edad de sesenta y tres años, y aun en su muerte fué temido por sus enemigos. Habia ordenado, conocida la dificultad de mantener la posesion de Valencia, que despues de su fallecimiento la abandonasen sus caballeros prontamente; fingiendo alegrías en vez de duelos, y no esquivando venir á las manos con los musulmanes en caso necesario. Cumplieron exactamente su mandato, y vistiendo el cadáver como si estuviese vivo, y colocándole armado sobre su caballo, salieron de Valencia en son de guerra, y desbarataron el ejército de los sarracenos, ahogándose la mayor parte en el vecino mar, y quedando los mas tendidos en el campo. El cuerpo del Cid fué conducido á S. Pedro de Cardeña.

Así lo cuentan los *Romances*, y así tambien lo refiere el P. Juan de Mariana, aunque añadiendo al terminar su relacion estas palabras: «Algunos tienen »por fabulosa gran parte de esta narracion: yo tam»bien muchas cosas mas traslado que creo, porque »ni me atrevo á pasar en silencio lo que otros afirman, »ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, »por razones que á ello me mueven y otros las »ponen.»

No es de estrañar que las hazañas de tan esclarecido personaje hayan dado lugar á los poetas populares que recogian sus cantos de la tradicion, á tergiversar, á aumentar y ponderar hechos, que hasta cierto punto pueden ser probables. La historia duda sobre unos tiempos tan remotos y oscuros, en que iba saliendo la sociedad de su postracion y abatimiento, y la imaginacion ardiente y exaltada por la fama de tantas proezas como llevaron á cabo nuestros antepasados, halla asunto para engrandecer y vestir con las galas de la poesía aquellos acontecimientos, que no han recibido un carácter cierto y determinado, pudiendo señalarse como verdades históricas. El Cid, colocado entre la fábula y la historia, como observa M. de Sismondi en su *Historia de la literatura del Mediodia*, ha dado mas que ningun otro héroe motivos á los poetas del pueblo para entonar esos cantos que eran precursores de la victoria; porque despertaban mil recuerdos gloriosos en la mente de los españoles, y los recuerdos son siempre el alma de los pueblos, que tienen un pasado tan rico como la España.

Aun en nuestros dias, en que se han querido borrar de un golpe las costumbres y los recuerdos antiguos, para crear un nuevo órden de cosas mas conforme con los adelantos de la época, no ha podido desprenderse el pueblo de la memoria de los primeros héroes castellanos, y al entonar esos himnos que han llevado en la guerra que acaba de presenciar Europa mil veces á la victoria á nuestros ejércitos, se han oido repetir los nombres de los Gonzalos y Ramiros, y se ha invocado la sombra del Cid como paladium de la libertad de España.

Esto prueba lo que hemos dicho anteriormente: un pueblo que no puede volver la vista atrás para gozar en sus antiguas glorias, no espera en modo alguno un porvenir venturoso. Lo pasado es nada para él; lo presente le ofrece solo mil calamidades, y el porvenir es un abismo insondable, en que ha de hundirse infaliblemente. ¡Dichosa España que cuenta con tantos recuerdos, y que por entre el desastroso presente que la abruma, entrevee un porvenir de felicidad y bienandanza!

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

LA CRUZ DE ORO.

EL GUIA.

CONTINUACION DEL CAPÍTULO VI.

Dejemos ahora á nuestros viajeros emprender de nuevo su marcha, y adelantémonos por el mismo camino que han de cruzar, no sin desviarnos empero lo bastante para penetrar en un pequeño y solitario valle, que á pesar de algunas alamedas y bosquecillos, y tal cual murmurador arroyo que entre el césped se deslizára, tenia un aspecto triste y medroso, como si la verdura de los árboles y la blanca espuma de las corrientes no le diesen color ni le prestasen vida y lozanía. El sol de la mañana con sus vivos destellos se derramaba por el campo, y sus rayos abrasadores habian obligado á refugiarse bajo la sombra que los árboles ofrecian á los personajes de que vamos á tratar en seguida.

Eran estos unos diez ó doce hombres armados, de traza vulgar y de ásperos semblantes; su traje era humilde, sus ademanes groseramente francos: la mayor parte de estos hombres estaban tendidos en la tierra, apoyando en un brazo la cabeza; otros de pié conversaban y se movian de aquí para allí, teniendo del diestro los caballos que los primeros habian atado al tronco de este ó aquel árbol vecino. Ya una carcajada general y estrepitosa que resonaba hasta per-

derse en el silencio de aquellos sitios, ya un juramento ó una esclamacion de impaciencia caracterizaba la conversacion de aquellos hombres, alguno de los cuales solia separarse de sus camaradas y dirigirse hácia la entrada del valle, mirando con ojos escudriñadores á un estrecho sendero que se alargaba hasta ocultarse á su vista. Cada vez que, como hemos dicho antes, alguno de estos hombres se cansaba de mirar en vano, movia la cabeza con señales inequívocas de disgusto y de impaciencia, y se volvia á reunir con los demas, votando y maldiciendo de lo que él llamaba la tardanza.

Sucede muchas veces que aguardando con ansia ya una cosa, ya á una persona, llega esta ó aquélla en el instante mismo en que si no precisamente se ha olvidado, al menos se está entreteniendo el fastidio que siempre causa el esperar, ó se han dado treguas á la impaciencia con alguna leve distraccion. Esto mismo vino á suceder á aquellos hombres, pues al soltar una risa estrepitosa movida por una chanzoneta de cierto compañero, sintieron el paso acelerado de un caballo, y muy pronto se apeó en medio de ellos otro personaje, que vestia lo mismo que los demas, y que como los demas demostraba harto claramente lo rudo de sus modales y lo áspero de su condicion.

—No os lo estaba diciendo? esclamó dirigiéndose á los otros apenas se hubo apeado del caballo y sin dar tiempo á que le preguntasen nada. Sin duda no ha podido remediarlo, como yo presumia, y viene por el camino real.

Todos aquellos hombres se agitaron al oir estas palabras, y los que estaban tendidos levantáronse por un movimiento instintivo.

—Pero le has visto tú? preguntó uno al recien llegado.

—Cómo qué si le he visto? Pues á qué fuí yo entonces? No os dije que la tardanza me daba mala espina, y que iba á acercarme al camino por si averiguaba alguna cosa? Yo no me muevo en balde; mirad si os traigo una razon verdadera.

—Pero es imposible que dejen de pasar por aquí.

—Al contrario, es indudable que no pasarán. ¿No conoceis que si tal intencion tuvieran traerian otra direccion de la que han tomado? Nada, lo que os he dicho: no habrá podido conseguir el guiarlos á su gusto, y ved aquí el secreto. Pero por lo demas nuestra comision ha de quedar cumplida, porque ya conocereis cómo irá temiendo, y con razon, que esa mudanza de camino destruya su proyecto. Oh! pero yo soy muy avisado en estas materias, y mi prevision lo compone todo. Muchachos, á caballo, y á salirles al encuentro. No hay cosa mas fácil si sabemos cruzar por la vereda de en frente y pasarla en un cuarto de hora. Con que, á ella!

Los compañeros del recien llegado se apresuraron á desatar los caballos de los árboles, y muy en breve el pequeño escuadron marchaba uno en fondo y á toda prisa hácia la vereda que el otro les señalaba con la mano, al mismo tiempo que les instaba para que se apresurasen.

El que capitaneaba á estos personajes era el que habia traido las nuevas que los puso en movimiento, y el mismo que la noche anterior habia acompañado á D. Alonso hasta las puertas del palacio del conde de Alba. Fácilmente juzgará el lector que las circunstancias que antes hemos referido debian influir de un modo directo en contra ó en favor de los planes que D. Alonso hubiese proyectado con ese hombre, y tal vez no será difícil, ó mejor dicho, bien puede sospecharse desde luego la reunion de estos personajes, el motivo de su impaciencia, y la causa que tan repentinamente los puso en marcha.

Doña Isabel entretanto, acompañada del baron, y seguida del supuesto Escobedo, de Perote y de los pocos criados que llevaba para su custodia, caminaba ya á una legua de Toro, silenciosa como siempre, mas que nunca sobresaltada y confusa. Por su parte el baron procuraba no separar su caballo del de la jóven, llevando fija su vista en ella, lanzándole miradas respetuosas y solícitas, é intentando en vano entablar conversacion alguna. Doña Isabel no pensaba en otra cosa que en su situacion, y en que don Diego venia detrás con riesgo de ser descubierto, ó acaso con la idea de darse á conocer. Involuntariamente volvia doña Isabel la cabeza de vez en cuando, queriendo en vano contener estos impulsos, arrepintiéndose cada vez que á ellos cedia; pero la misma inquietud que la dominaba era la causa primera é irresistible de su indiscrecion. El de Alburg acercábase de continuo á Isabel; pero ésta daba siempre que le acontecia un latigazo á su caballo, y se adelantaba algunos pasos, evadiendo las repetidas y varias preguntas de aquel hombre á quien antes miraba sin odio ni rencor, pero á quien ya empezaba á profesar una visible repugnancia.

—Cómo! Isabel, huís de mí? le dijo el baron, consiguiendo con estas palabras (pronunciadas de modo que los demas no pudiesen oirlas) que la jóven acortára el paso de su corcel y contestase con voz trémula y apagada.

—Caminais tan lentamente...

—Oh! yo lo hacia por no fatigaros, contestó el baron; pero supuesto que lo deseais nos apresuraremos. Y en seguida dió espuelas á su caballo, y creyendo que doña Isabel le seguia caminó solo hasta una larga distancia. Don Diego entonces, aprovechando esta feliz coyuntura se apresuró á ponerse al lado de su amada, y con acento turbado la dijo precipitadamente, y procurando no ser oido de los demás:

—Isabel, confiad en mi cariño suceda lo que quiera, y acordaos que hemos jurado amarnos ó morir.

La jóven quedó demudada.

—Y qué pronto olvidásteis ese juramento!... le contestó á D. Diego con una amargura que salia del fondo de su corazon.

—Cómo! replicó el amante, estrañando aquella respuesta. Yo os suplico...

El baron volvia ya reparando que doña Isabel no le habia seguido. Los dos amantes quedaron silenciosos y víctimas de su quebranto. El de Alburg nada habia notado, pero estaba impaciente y sombrío.

Todos marchaban sin proferir la menor palabra: el mismo Perote, que tan aficionado era á charlar de todo y con todos iba luchando con el sueño, y no estaba por entonces de humor para entablar diálogo con los escuderos del conde.

Así pasaron como unos diez minutos, cuando llegó á los oidos de nuestros viajeros el eco suave y blando de una voz que entonaba una cancion lánguida y sentida, ya con perfecto compás, ya dando un acento tierno y desigual á la letra. Por un movimiento de curiosidad y sorpresa, fijaron todos la vista hácia el paraje de donde aquellos ecos parecian salir; pero no divisaron nada, á causa de la espesura de los árboles, que con sus gruesos troncos y revestidas copas cerraban enteramente su recinto.

Cesó el canto por un instante; pero en seguida volvió á resonar, acompañando á esta letra:

Agitando sus pañuelos,
Y con vivas y palmadas
Al vencedor de la justa
Saluda el pueblo en la plaza.
Gloria y prez
Gloria y honor
A Almanzor,
Noble, apuesto y vencedor.

Los ecos se percibian mas claramente, y nuestros viajeros no apartaban la vista del sitio á donde resonaban. Otra vez aquella voz suave y varonil volvió á entonar una nueva copla, si bien dándola una tierna melancolía, que no pudo menos de transmitir á los caminantes:

Ya tus glorias marchitaron
Encantada patria mia,
Y abandonada quedaste,
Huérfana, pobre y cautiva.
Ay! que un sueño
Tu poder
Vino á ser.
¡Qué mudanza de hoy á ayer!

Con estos últimos versos cesó el canto enteramente, y en vano nuestros personajes aplicaron con frecuencia el oido deseosos de volver á sentir las emociones que aquella cancion sencilla y melancólica les produjera.—El campo estaba todo en silencio, y solo se escuchaban las pisadas irregulares de los caballos y la voz de Perote, que habiéndose despertado con la inesperada cancion hablaba á menudo con este ó aquel escudero, ó contestaba á las preguntas que el baron se servia dirigirle sobre la mayor ó menor proximidad en que se hallaban del término de su viaje.

Pardiez! murmuraba Perote dirigiéndose á los escuderos y señalando á D. Diego que marchaba delante de ellos y á corta distancia.—No sé para qué hemos traido á este fantasma con nosotros. Si hubiéramos pensado el cruzar por sendas desconocidas ya lo comprendo; pero un guia para el camino real!... A quién de vosotros no les duele el alma de haber andado este camino? Vamos, habrá temido mi señor que nos olvidásemos de él.

Una risita de los escuderos sancionó las palabras de Perote, que tambien se sonrió á su vez arqueando al mismo tiempo las cejas con cierta ironía y aire burlon.

—Parece que se ha dado por satisfecho, volvió á esclamar Perote pasado un breve rato, el cantor desconocido. Qué diablo! No creí hallar por estos sitios pájaros tan vocingleros! Pero en dónde estará oculto? La voz se oia cada vez mas cerca... Ya caigo, el pobre ruiseñor habrá temido que le cacemos... avechucho de gran cuenta debe ser por vida mia.—Nada, prosiguió mirando á uno y otro lado del camino... ni moscas, y él sin duda ha de estar por allí.

Diciendo estas palabras volvió atrás Perote la cabeza, y sus ojos se fijaron de repente en el estremo del camino.

—Cómo! esclamó en seguida. O mi vista me engaña, ó aquel hombre que viene á caballo corriendo como un desesperado es vuestro compañero Ramiro que vuelve ya de Zamora de cumplir la comision que le dí.

—Tan pronto! dijeron á la vez dos de los escuderos volviendo tambien la cabeza y mirando á su espalda.

—Pero, calle! replicó el alferez con estrañeza, siempre mirando atrás, no viene solo!... uno... dos... y han de ser mas aun, porque la polvareda que levantan...

—Hácia acá se dirigen, dijo un escudero.

—No, contestó otro: me parece que cruzan á la izquierda.

—Si serán los nuestros que huyen de la ciudad! esclamó Perote asaltado por una penosa idea. Pero no es posible, continuó. El conde no sabe lo que es ceder el campo al enemigo sin que antes no se derrame la sangre del último de sus soldados.

El baron, que hasta entonces caminaba silencioso y meditabundo al lado de Isabel, seguido de cerca por el guia y algun tanto retirado de Perote y los escuderos, hubo sin duda de oir alguna de las esclamaciones de estos, porque volvió de pronto la cabeza, y preguntó con interés á Perote:

—Qué es eso?

—Nada, señor baron, le contestó el veterano. Unos hombres á caballo que creíamos de los nuestros, y que al parecer se dirigian hácia aquí; pero se han encaminado por aquella senda de la izquierda... Ya no se ven.

Continuó el de Alburg, apenas hubo escuchado á Perote, embebiéndose en la meditacion á que el desvío de Isabel le inducia, pues el noble flamenco comenzaba ya á probar la ponzoña que envenena el corazon del desdeñado, y el dardo sutil de los celos tan fáciles de introducirse en nuestra alma, tan difíciles de desechar despues. Tenia en este desasosiego del baron alguna parte el cariño? ¿Amaba el baron á Isabel? Quizá se hacia él en aquel instante una pregunta muy parecida á esta; quizá sentia hácia la jóven una inclinacion muy distinta de la que algunas horas antes le inspiraba su interés y su ambicion: pero tan poco acostumbrada estaba el alma de este hombre á amar á nadie que creia ciegamente rasgos de su vanidad ofendida lo que en realidad hubiera podido ser, á poco que se fijase en ellos, sentimientos de un amor que por primera vez se despertaba en su pecho; pero el de Alburg no se detuvo en buscar la causa de aquella inquietud desconocida, de aquella melancolía de que se hallaba poseido, y desde luego la juzgó como sus hábitos y como su carácter se la presentaron, no como su alma se la inspiraba.—Asi, pues, otro hombre en su caso habria dicho: siento que la amo, sus gracias, su hermosura han encendido esta pasion, mi rival quiere

arrebatarme este bien supremo, y yo debo impedirlo conquistando su cariño; pero el baron decia por el contrario: Ya que puedo conseguir el objeto de mi ambicion, ¿por qué la suerte ha hecho que Isabel me mire con desvío? ¿Por qué otro ha de obtener con su mano las inmensas ventajas que ya toco tan de cerca?

Un estraño rumor sacó al de Alburg de sus meditaciones, y dos hombres á caballo, presentándose de improviso á unos cincuenta pasos, cerrando el camino, y blandiendo las espadas que tenian desnudas en sus manos, esclamaron con voz ronca y casi á un mismo tiempo.

—Alto! — Nadie se mueva.

Doña Isabel tiró sobresaltada al caballo de las riendas y el baron se puso delante de ella, y sacando á su vez la espada, se dirigió hácia los nuevos personajes para castigar la audacia de quienes se atrevian á detenerle el paso. Don Diego desenvainó tambien el acero, y dirigiendo á doña Isabel algunas palabras para tranquilizarla se adelantó asimismo; mas Perote apenas hubo oido y visto á aquellos dos hombres se abalanzó á ellos seguido de los pocos escuderos que á doña Isabel acompañaban, y del primer empuje dejó á uno de los contrarios tendido en tierra. La jóven dió un grito de terror, y á este grito sucedió uno espantoso de rabia y de venganza lanzado por todos los hombres que antes en el valle presentamos y que ahora aparecieron acometiendo al baron y á los demas con ímpetu y arrojo.

La lucha era obstinada y sangrienta: los esfuerzos de los acometedores se dirigian á apoderarse de doña Isabel, que casi desmayada y yerta de espanto se sostenia difícilmente á caballo, pero don Diego y el baron defendiéndola valerosos y formando con sus pechos fuerte barrera, resistian al contínuo intento de sus enemigos, los cuales en un principio esquivaban el pelear con don Diego, no decidiéndose á ello hasta que éste les hubo demostrado con su espada que no era el personaje que ellos se figuraban.

Las voces de los unos y de los otros se confundian. Perote gritaba mas fuerte que ninguno, y tanto como el primero daba cuchilladas y golpes.

—No es él! no es él — decian los acometedores mirando á D. Diego y dirigiéndole sus golpes.

El baron habia asido las riendas del caballo de Isabel, para evitar que aquellos hombres la arrebatasen como procuraban á toda costa, y esto le impedia defenderse de sus contrarios.

—Partid con ella, le dijo D. Diego, saquémosla de este trance, sálvese antes que todo.

El de Alburg no tenia otro remedio que seguir el consejo de D. Diego, y mientras este con Perote y los criados hacian retroceder á los agresores, el baron corrió á todo galope con Isabel protegiendo los suyos la retirada.

Es escusado en vista de lo grave del peligro disculpar este paso del baron, que no habia dado nunca ni dió ahora sino pruebas de un valor no comun. Pero de otro modo la salvacion de Isabel era difícil si no imposible entre la confusion y lo encarnizado del combate.

Perote y los escuderos cargaban con arrojo sobre sus enemigos, que derrotados emprendieron á poco la fuga, dejándose dos de sus compañeros en el campo. Perote siguió tras ellos, y en el calor del combate apenas echó de ver que D. Diego herido en la cabeza habia caido del caballo y estaba en tierra sin sentido.

Muy pronto se quedó el campo en silencio. Los contrarios huyendo, y tras ellos Perote y los demás, habian desaparecido: dos cadáveres y don Diego desangrándose y sin aliento eran los restos de aquella inesperada refriega.

Un jóven de gentil presencia vestido con un calzon ancho, un gaban pardo y un gorro de estraña forma, salió corriendo de entre la arboleda inmediata, y acercándose á don Diego, empezó á prodigarle cuantos cuidados exigia su situacion.

FIN DEL CAPÍTULO.

FRAGMENTOS
DEL GENIO DEL CRISTIANISMO

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOCTRINA.

LIBRO PRIMERO.

MISTERIOS Y SACRAMENTOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Desde que el cristianismo apareció sobre la tierra le han atacado constantemente tres clases de enemigos; heresiarcas, sofistas y esos hombres frívolos en la apariencia, que todo lo destruyen con la risa y con la mofa. A mentiras y sutilezas han respondido victoriosamente numerosos apologistas, si bien no han sido tan felices contra el sarcasmo. San Ignacio de Antioquía, san Ireneo obispo de Lyon, Tertuliano en su *tratado de las prescripciones*, á que daba Bossuet la calificacion de *divino*, combatieron á los innovadores, que corrompian la sencillez de la fé con sus soberbias interpretaciones.

Fechada fué desde luego la calumnia por Quadrato y Arístides, filósofos de Atenas: nada se conoce de sus apologías, si se esceptúa un fragmento de la primera conservado por Eusebio. San Gerónimo y el obispo de Cesárea hablan de la segunda como de una obra maestra.

Acusaban los paganos á los fieles de ateismo, de incesto y de ciertos banquetes abominables en que, segun su dicho, comian carne de niño recien nacido. Despues de Quadrato y Arístides abogó san Justiniano por la causa de los cristianos; su estilo carece de gala, y las actas de su martirio dan testimonio de que derramó su sangre por la religion con la misma sencillez que la consagró su pluma. Athenágoras hizo uso de mas talento en su defensa; pero en cambio no posee la originalidad de Justino, ni el impetuoso fervor del autor de la *Apologética*. Tertuliano es el Bossuet africano y bárbaro. Teófilo en los tres libros á su amigo Antyloco ostenta imaginacion y sabiduría; y la *Octava* de Minucio Felix ofrece el hermoso cuadro de un cristiano y dos idólatras, que platican á orillas del mar sobre la religion y sobre la naturaleza del Dios del universo.

Tambien defendieron al cristianismo Arnobo el preceptor, Lactancio, Eusebio, y san Cipriano, si bien dedicándose menos á realzar su belleza que á desenvolver una por una las absurdidades de la idolatría.

Orígenes combatió á los sofistas, y respecto de erudicion, razonamiento y estilo parece haber tenido ventaja sobre Celso su adversario. Es el griego de Orígenes dulce hasta lo sumo, aun cuando abunda en hebraismos, y en giros estraños, como acontece á menudo á escritores que poseen muchos idiomas.

Espuesta se vió la Iglesia á una persecucion de carácter mas peligroso en tiempo del emperador Juliano, pues no empleándose violencia contra los cristianos, se les prodigaba menosprecio. Dióse principio por despojar los altares: se prohibió en seguida á los fieles enseñar y cultivar las letras; pero persuadido el emperador de lo ventajoso de las instituciones cristianas, quiso imitarlas al tiempo de abolirlas, y por seguir el ejemplo del culto evangélico mandó que se pronunciasen en los templos discursos á modo de sermones.

Desencadenáronse contra el cristianismo los sofistas que rodeaban á Juliano, y aun éste no se desdeñó de medirse con los *Galileos*. No ha llegado hasta nosotros la obra en que les dirigia sus ataques; pero san Cirilo cita algunos fragmentos en la refutacion que de ella hizo y que todavía nos queda. Triunfa san Cirilo del filósofo cuando Juliano es grave; pierde terreno el patriarca cuando el emperador recurre á la ironía. Juliano se distingue por su estilo vivo, animado é ingenioso: san Cirilo se encoleriza y es estravagante, oscuro y figurado. Hallándose en todo su vigor y lozanía no hubo menester la Iglesia apologistas desde Juliano hasta Lutero; mas al formarse el cisma de occidente con los nuevos enemigos saltaron á la liza nuevos defensores. Forzoso es confesarlo; al principio, como Montesquieu lo observa, estuvo la superioridad no de parte de los católicos, sino de los protestantes. Erasmo se mostró débil contra Lutero, y Teodoro de Beza poseía una ligereza de estilo, de que carecieron muchas veces sus adversarios.

No permaneció por mas tiempo indecisa la victoria luego que Bossuet descendió á la palestra: entonces fue nuevamente aniquilada la hidra de la heregía. Son *la Historia de las variaciones y la Esposicion de la doctrina católica*, dos obras maestras que pasarán á las generaciones futuras.

Natural es que el cisma lleve á la incredulidad y que el ateismo vaya en pos de la heregía. Bayle y Espinosa se alzaron despues de Calvino, y hallaron en Clarke y en Leibnitz, dos genios capaces de refutar sus sofismas. Abbadia escribió en defensa de la religion una apología notable por su método y por su raciocinio; por desgracia se advierte debilidad de estilo, aun cuando no estén desprovistas de cierta brillantez sus ideas. «Si los filósofos antiguos »adoraban las virtudes, dice Abbadia, eso no era »en suma mas que una bella idolatría.»

Aun triunfaba la Iglesia por la época en que Voltaire vino á renovar la persecucion de Juliano, pues tuvo el arte funesto de hacer la incredulidad objeto de moda en un pueblo versátil y caprichoso. Afilió el amor propio de todos en esa insensata liga, y fué atacada la religion con armas de toda especie, desde el folleto hasta el libro en fólio, desde el epígrama hasta el sofisma. Apenas salia á luz un libro religioso se veia su autor abrumado bajo el peso del ridículo, mientras se encumbraban hasta las nubes obras de las que Voltaire se burlaba mas que nadie dentro del círculo de sus mas íntimos amigos; y tan superior era á sus discípulos que á veces no podia menos de reirse de su entusiasmo irreligioso. A pesar de eso el sistema destructor iba estendiéndose por Francia, y echaba raices en aquellas academias de provincia, que han sido otros tantos focos de mal gusto y de facciones. Tenian sus cátedras de incredulidad damas de buen tono y filósofos graves. Por último *quedó reconocido* que el cristianismo no era mas que un sistema bárbaro, cuya caida nunca llegaria demasiado pronto para la libertad de los hombres, el progreso de las luces, las dulzuras de la vida y la elegancia de las artes.

Aun prescindiendo del abismo en que nos sepultaron tales principios, sus consecuencias inmediatas fueran un retroceso mas afectado que sincero hácia aquellos dioses de Roma y de Grecia, á quienes se les atribuian los milagros de la antigüedad (1). No se tenia por vergonzoso echar de menos aquel culto, que convertia al género humano en un rebaño de necios, de impúdicas y de fieras. Desde aquí se habia de pasar necesariamente al desprecio de los escritores del siglo de Luis XIV, elevados á tan alta perfeccion por su espíritu religioso. Si no hubo bastante osadía para chocar con ellos de frente, merced á la autoridad de su fama, se les atacó de un modo indirecto. Se quiso dar á entender que habian sido *secretamente* incrédulos, ó que por lo menos hubieran resplandecido como varones mas insignes *á haber vivido en nuestros dias*. Cada autor bendijo su destino por haberle hecho nacer en el magnífico siglo de Diderot y de Alembert, en aquel siglo en que los documentos del saber humano se hallaban acomodados por órden alfabético en la *Enciclopedia*, monstruosa Babel de las ciencias y de la razon (2).

Hombres de luminosa doctrina y de privilegiado talento intentaron poner dique á tan devastador torrente; mas esteril fue su resistencia; su voz se perdió entre la muchedumbre, y su victoria fue ignorada por gentes frívolas á quienes debia conmover principalmente, por ser ellas las que dirigian á la sazon la Francia (3).

De este modo aquella fatalidad que hizo triunfar

(1) El siglo de Luis XIV amaba y conocia la antigüedad mejor que nosotros, y era cristiano.

(2) Véase la nota primera al fin de la obra.

(3) Lograron pasajera boga las cartas de *algunos judíos portugueses*, perdiéndose bien pronto en medio del torbellino irreligioso.

á los sofistas en tiempo de Juliano se declaró tambien á ellos propicia en nuestro siglo. Incurrieron los defensores de los cristianos en un yerro, que ya les habia perdido otras veces, cual era el de no apercibirse de que no se trataba de discutir tal ó cual dogma, en ocasion en que no se admitia ninguna de sus bases. Partiendo desde la mision de Jesucristo y remontándose de consecuencia en consecuencia establecian las verdades de la fé sólidamente sin duda; pero semejante modo de argumentar adecuado al siglo XVII por no disputarse sobre su esencia, de nada valia en nuestros dias. Convenia seguir opuesto rumbo, pasar del efecto á la causa, y demostrar no que el cristianismo es escelente porque emana de Dios, sino que emana de Dios porque es escelente.

Otro nuevo yerro se cometia empeñándose en responder sériamente á sofistas, clase de hombres á que es imposible inducir al convencimiento, porque la sinrazon siempre está de su lado. Olvidábase que los sofistas nunca buscan de buena fé la verdad, y que solo se adhieren á su sistema en proporcion del ruido que meten, dispuestos de continuo á cambiar con la opinion mañana.

Por no parar en esto mientes se perdió mucho tiempo y mucho trabajo, pues no se necesitaba reconciliar con la religion á los sofistas, sino al mundo por ellos estraviado. Habiéndole seducido con decirle que el cristianismo era un culto nacido del seno de la barbarie, absurdo en sus dogmas, ridículo en sus ceremonias, enemigo de las letras y de las artes, de la razon y de la belleza; culto que no habia hecho mas que verter sangre, encadenar á los hombres y retardar la ventura y la ilustracion del género humano; se requeria probar que, al revés de cuantas religiones han existido, la religion católica es la mas poética, la mas humana, la mas favorable á la libertad, á las artes y á las letras; que el mundo moderno se lo debe todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas, desde los hospicios para los desvalidos hasta los templos construidos por Miguel Angel y por Rafael decorados. Se debia manifestar como no hay cosa mas divina que su moral, ni mas tierna y pomposa que sus dogmas, su doctrina y su culto; se debia sostener que patrocina al genio, purifica el gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, presta lozanía al pensamiento, brinda al escritor formas nuevas y perfectos moldes al artista; que no era bochornoso creer lo que creian Newton y Bossuet, Pascal y Racine; convenia por último traer todos los encantos de la imaginacion, todos los intereses del corazon en socorro de esa misma religion contra la cual habian sido armados.

Ya conoce el lector todo el plan de nuestra obra: apuradas se encuentran todas las demas clases de apologia, y quizá fueran inútiles ahora. ¿Quién leeria á la sazon una obra de teología? Algunos hombres piadosos que no necesitan de convencimiento, algunos verdaderos cristianos con antelacion ya persuadidos. ¿Hay peligro en contemplar la religion bajo un aspecto puramente humano? ¿Y porqué? ¿Teme nuestra religion la luz acaso? Relevante prueba de su origen celeste es que sufre de la razon el exámen mas severo y minucioso. ¿Se pretende que se nos atribuya de contínuo la tacha de envolver nuestros dogmas en una santa sombra por miedo de que su falsedad se descubra? ¿Ha de ser el cristianismo menos verdadero cuando aparezca mas hermoso? Desterremos tan pusilánime susto, y no permitamos por esceso de religion que la religion sucumba. Ya estamos distantes de los tiempos en que bastaba decir: *Creed y no examineis*, pues ha de examinarse á pesar nuestro, y, aumentando nuestro silencio tímido la victoria de los incrédulos, disminuiria el número de los fieles.

Tiempo es ya de que se sepa en fin á qué se reducen esas tachas de *absurdidad*, de *tosquedad* y de *pequeñez*, atribuidas un dia y otro al cristianismo; tiempo es ya de patentizar que, lejos de consumir la mente, se presta de una manera prodigiosa á los vuelos del alma, y puede asombrar al espíritu con tan embelesadora mágia, como los dioses de Virgilio y de Homero. Nuestras razones tendrán por lo menos la ventaja de hallarse al alcance de todos, sin que para juzgar de ellas se necesite mas que de un buen criterio. Tal vez se descuida mas de lo que se debe en obras de esta clase hablar el estilo de sus lectores: cuadra ser doctor con el doctor, y poeta con el poeta. Dios no nos veda las sendas floridas, si para volver á él nos abren paso, y no siempre torna al redil la oveja perdida por los ásperos y sublimes senderos de la montaña.

Osamos creer que este modo de considerar el cristianismo ofrece bellezas poco conocidas, sublime por la antigüedad de sus recuerdos, que se remontan hasta la cuna del mundo, inefable en sus misterios, patético en sus sacramentos, interesante en su historia, celeste en su moral, rico y encantador en sus pompas, se acomoda á toda especie de cuadros. ¿Aspirais á seguirle en la poesía? Tasso, Milton, Corneille, Racine, Voltaire, os bosquejan sus prodigios. ¿Quereis seguirle en las bellas letras, en la elocuencia, en la historia, en la filosofía? ¿A qué no han llegado en alas de su inspiracion Bossuet, Fenelon, Masillon, Bourdaleone, Bacon, Pascal, Euler, Newton, Leibnitz? Si le seguís en las artes os deslumbran sus modelos: si lo examinais en su culto os embelesan sus antiguos templos góticos, sus admirables plegarias y sus suntuosas ceremonias; si atendeis á su clero, se os presentan todos aquellos varones, que os han transmitido la lengua y los escritos de Roma y de Grecia, todos aquellos solitarios de la Tebaida, todos esos establecimientos de refugio para los desvalidos, todas esas misiones del Canadá, del Paraguay y de la China, sin olvidar las órdenes militares, origen y cuna de la caballería. Todo lo hemos consagrado al servicio de nuestra causa, costumbres de nuestros mayores, pintura de los pasados tiempos, poesía, novelas y hasta las cosas secretas de la vida. Pedimos sonrisas á la cuna y lágrimas al sepulcro; ya habitamos con el monge maronita sobre las cumbres del Líbano y del Carmelo; ya velamos con la hermana de la Caridad junto al lecho de la humanidad doliente; aquí nos llaman dos esposos americanos á la espesura de sus desiertos; allá oimos sollozar á la vírgen en las soledades del claustro: Homero viene á colocarse al lado de Milton y Virgilio junto al Tasso: contrastan las ruinas de Menfis y de Atenas con las ruinas de los monumentos cristianos, las tumbas de Ossian con nuestros cementerios campestres: visitamos en San Dionisio las cenizas de nuestros reyes; y cuando nuestro asunto nos lleva á hablar del dogma de la existencia de Dios, solo buscamos nuestras pruebas en las maravillas de la naturaleza; intentamos en suma conmover el corazon del incrédulo por toda clase de medios, si bien no nos atrevemos á lisonjearnos de poseer aquella milagrosa vara de la religion, á cuyo impulso brotan de la peña manantiales de agua viva.

Componen nuestra obra cuatro partes, divididas cada una de ellas en seis libros. Trata la primera de los dogmas y de la doctrina.

Abrazan la segunda y la tercera la poética del cristianismo, ó las relaciones de la religion con la poesía, la literatura y las artes.

Contiene la cuarta el culto, es decir, todo lo concerniente al clero secular y regular, y á las ceremonias de la Iglesia.

Por lo demas, hemos aproximado á veces los dogmas y la doctrina de otros cultos á los dogmas, la doctrina y el culto del Evangelio, deteniéndonos de vez en cuando en la parte histórica y mística de la religion, á fin de satisfacer á toda clase de lectores. Conocido ya el plan general de nuestra obra, entramos en el exámen de los *dogmas y de la doctrina*; y pues hemos de pasar á los dogmas cristianos, fuerza es inquirir ante todo la índole de las cosas misteriosas.

CAPITULO II.

DE LA NATURALEZA DEL MISTERIO.

Nada existe en la vida tan bello, dulce y grande como las cosas misteriosas. Son los sentimientos mas maravillosos aquellos que nos agitan de una manera mas confusa: rebosan de secretos el pudor, el amor casto, la amistad virtuosa. Parece que los corazones amorosos se entienden con media palabra, y que solo están como entreabiertos. ¿No es el mas inefable de los misterios la inocencia que no es mas que una santa ignorancia? Si la niñez es tan feliz, consiste en que nada sabe: si la ancianidad es tan mísera, consiste en que lo sabe todo: por su fortuna, cuando acaban los misterios de la vida empiezan los de la muerte.

Sucede lo que con los sentimientos con las virtudes, y por eso son mas angelicales aquellas, que, derivándose inmediatamente de Dios, como la caridad por ejemplo, se placen en esconderse á toda mirada á semejanza del origen de donde proceden.

Fijándonos en las propiedades del espíritu, advertimos que los placeres mentales son otros tantos secretos. Tan divina es la naturaleza del secreto, que solo hablaban por símbolos los primeros hombres del Asia. ¿A qué ciencia se aplica uno sin tregua? A aquella que siempre deja por adivinar alguna cosa y fija nuestros ojos sobre una perspectiva infinita. Si nos estraviamos en el desierto, nos aparta una especie de instinto de las llanuras, donde todo se descubre á un golpe de vista, y vamos en busca de los bosques, cuna de la religion, de aquellos bosques abundantes en prodigios con su frondosidad, con sus murmullos y con su silencio; de aquellas soledades, donde las abejas y los cuervos alimentaban á los primeros padres de la Iglesia, donde aquellos santos varones saboreaban tantas delicias, que esclamaban de este modo: *Basta, Señor, moriré de dulzura, si no moderais mi regocijo.* En fin, no se detiene uno al pié de un monumento moderno y de origen conocido; pero ¡cuán fecundo manantial de meditaciones halla el viajero, si en una isla desierta en medio del Océano distingue súbito una estátua de bronce, cuyo tendido brazo señala á las regiones, donde el sol declina, y cuyo pedestal está labrado con geroglíficos, y carcomido por el choque de las olas y por el curso del tiempo! Todo permanece oculto, todo es desconocido en el globo. ¿No es el hombre mismo un misterio estraño? ¿De dónde brota el relámpago á que damos el nombre de existencia, y entre qué sombras se vá á consumar su eclipse? Ha colocado el Eterno en los dos límites de nuestra carrera el nacimiento y la muerte, bajo la forma de dos velados fantasmas: produce uno el inconcebible momento de nuestra vida, mientras se apresura el otro á devorarlo.

Atendida la inclinacion del hombre á los misterios, no debe causar sorpresa que las religiones de todos los pueblos hayan tenido sus impenetrables arcanos. Estudiaban los Sellas las prodigiosas palabras de las palomas de Dodona: tenian la India, la Persia, la Etiopia, la Scitia, las Galias y la Scandinavia sus cavernas, sus montes santos, sus sacras encinas, donde el bracma, el mago, el gimnosofista, el druida, pronunciaban el inesplicable oráculo de los inmortales.

Dios no permita que nos ocurra comparar tales misterios con los misterios de la religion verdadera, ni las inmutables profundidades del Soberano que está en los cielos, con las inciertas oscuridades de *aquellos dioses, obra de la mano de los hombres.* Solo ha sido nuestra idea hacer notar que no hay religion sin *misterios*, los cuales juntamente con el *sacrificio* constituyen la esencia del *culto*. Es el mismo Dios el gran secreto de la naturaleza: velada estaba la divinidad en Egipto, y se veia á la esfinge delante del umbral de sus templos.

CAPITULO III.

MISTERIOS CRISTIANOS.

De la Trinidad.

Al primer golpe de vista se descubre la inmensa ventaja que en punto á misterios lleva á las religiones de la antigüedad la religion cristiana. Ninguna conexion tenian los misterios de aquellas religiones con el hombre, y solo ofrecian cuando mas asunto de reflexiones al filósofo y de cantos al poeta. Por el contrario nuestros misterios se dirigen á todos y abarcan el secreto de nuestra naturaleza. No se trata aquí de una fútil coordinacion de números, sino de la ventura y de la salvacion del género humano. Conociendo el hombre tan á fondo su debilidad y su ignorancia: ¿Podria desechar los misterios de Jesucristo? ¡Ellos son los de los desventurados!

Abre la Trinidad, primer misterio del cristianismo, inmenso campo de estudios filosóficos, ya se considere en los atributos de Dios, ya se investiguen los vestigios de este dogma, esparcidos en otros tiempos por el Oriente. Es vulgar manera de raciocinar la que desecha todo aquello que no se comprende. Fácil fuera probar, empezando por las cosas mas triviales de la vida, que lo ignoramos todo y queremos penetrar en los *ardides* de la sabiduría.

Acaso fué conocida la Trinidad por los egipcios: la inscripcion griega del *Circo mayor* en Roma decia de este modo:

El gran Dios, el Engendrado de Dios, El Brillantísimo (Apolo, El Espíritu).

Heráclido y Pórfiro hacen mencion de un famoso oráculo de Serapis:

Todo es Dios en el origen; luego el Verbo y el Espíritu; tres dioses coengendrados juntos y reuniéndose en uno solo.

Tenian los magos una especie de Trinidad en su Metris, Oromasis y Araminis, ó Mifra, Orimases y Arimanes.

Parece como si Platon hablára de este dogma en muchos pesajes de sus escritos.

«No solo, dice Dacier, pretenden algunos que »ha conocido al Verbo, sino que hasta sustentan »que ha conocido al Espíritu Santo, por lo que tuvo »alguna idea de la Santísima Trinidad cuando escri»bia al jóven Dionisio:

«*Fuerza es que yo declare á Arquedemo lo que es mucho mas precioso y mas divino, y lo que tienes gran anhelo de saber, pues me le has enviado espresamente: segun me ha dicho no crees que te haya yo espli*cado bastante lo que pienso sobre la naturaleza del primer principio: *fuerza es escribírtelo por enigmas, á fin de que si se estravia mi carta por tierra ó por mar no pueda entender quien la leyere cosa alguna. En rededor de su rey están todas las cosas: por él existen ellas, y él es únicamente la causa de las cosas buenas, segundo para las segundas, y tercero para las terceras.*»

«En el *Epinomis* y en otros lugares sienta por »principios el primer bien, el Verbo ó el entendi»miento y el alma. El primer bien es Dios; el Ver»bo ó el entendimiento es el hijo de ese primer »bien, el cual le ha engendrado á semejanza suya, »y el alma término entre el Padre y el Hijo, es »el Espíritu Santo.»

Esta doctrina de la Trininad la adoptó Platon de Timeo de Locres, quien la habia tomado de la escuela itálica. Marcilio Ficino, en una de sus observaciones ó notas sobre Platon, demuestra segun Jamblico, Ponfiro, Platon y Máximo de Tiro, que los pitagóricos conocian la escelencia del Ternario; y aun Pitágoras lo ha indicado en este símbolo;

Honorato in primis habitum, tribunal et Triobolum.

En las Indias la Trinidad era conocida.

«Lo mas señalado y sorprendente que he visto »en este punto, dice el padre Calmette, es un tes»to sacado de Lamaastamban, uno de sus libros.... »Empieza de este modo: El Señor, el bien, el »gran Dios; en su boca está la palabra (el vocablo »de que usan la personifica). Ha' la despues del Es»piritu Santo en esta forma: *Ventus seu spiritus* »*perfectus*, y acaba por la creacion atribuyéndosela »á un Dios solamente.»

Del Thibet, dice:

«Hé aquí lo que he aprendido de la religion del »Thibet: llaman á Dios *Konciosa*, y parece que con»ciben de la adorable Trinidad alguna idea, pues »tan pronto dicen *Koncikocich*, Dios uno, como »*Koncioksum*, Dios trino. Hacen uso de una espe»cie de rosario sobre el cual murmuran estas pala»bras *om*, *ha*, *hum*; y cuando se les pregunta su »significado responden que *om* significa inteligencia, »ó brazo, es decir, poder; que *ha* es la palabra; *hum* »el corazon ó el amor, y que estos tres vocablos »significan Dios.»

Han hallado los misioneros ingleses de Otaiti algunos vestigios de la Trinidad entre los dogmas religiosos de los moradores de aquella isla.

Ademas creemos columbrar en la misma naturaleza una especie de prueba física de la Trinidad; ella es dechado del universo, ó si se quiere su osamenta divina. ¿No sería posible que la forma esteterior y material participase de la bóveda interior que la sostiene á la manera que representaba Platon como sombra de los pensamientos de Dios á las cosas terrenales? Parece como si el número *Tres* fuese en la naturaleza el término por escelencia. No es el *Tres* engendrado, antes bien engendra á todas las demas fracciones, lo cual hizo que Pitágoras le denominase el número sin madre (1).

Puede descubrirse alguna tradicion oscura de la Trinidad hasta en las fábulas del politeismo. Habianla adoptado por término las Gracias: existia en el Tártaro, para la vida y la muerte del hombre y para la venganza celeste; en fin, tres dioses hermanos reunidos constituian todo el poder del globo.

Dividian los filósofos al hombre *moral* en tres partes, y los Padres de la Iglesia han creido ver reflejada la imágen de la Trinidad espiritual en el alma del hombre.

«Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice »Bossuet, y nos reconcentramos algo de tiempo en »el fondo de nuestra alma, es decir, en esa parte »donde la verdad ejerce dominio, allí veremos al»guna imágen de la Trinidad á que adoramos. Al »sentir brotar la idea, como gérmen de nuestro es»piritu, como hija de nuestro entendimiento, ad»quirimos alguna nocion del Hijo de Dios concebido »eternamente en entendimiento del celestial Padre. »Por eso el Hijo de Dios toma el nombre de Verbo, »á fin de que comprendamos que nace en el seno »del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como »nace en nuestra alma esa palabra interior que al »contemplar la verdad allí percibimos.

»Pero la fecundidad de nuestro espíritu no se »termina en esa palabra interior, en ese pensamiento »intelectual, en esa imágen de la verdad que se for»ma dentro de nosotros. Amamos tanto esa palabra »interior como el espíritu en que nace; y al amarla »sentimos algo no menos precioso que nuestro es»piritu y nuestro pensamiento, y es el fruto de am»bos, el cual los une, y se une á ellos, y con ellos »hace una sola vida.

»Así en cuanto puede hallarse relacion entre »Dios y el hombre; así, repito, se produce en Dios »el amor eterno que brota del Padre que piensa, y »del Hijo que es su pensamiento, para formar con »él y su pensamiento una misma naturaleza, igual»mente venturosa y perfecta.»

Ved aquí un escelente comentario á propósito de una sola frase del Génesis: *Hagamos al hombre.*

Tertuliano en su *Apologética* habla del gran misterio de nuestra religion, y se esplica de este modo:

«Dios ha creado el mundo por su *palabra*, su »*razon* y su *poder*; y hasta vuestros filósofos con»vienen en que *logos*, el verbo y la razon, es el Crea»dor del universo. Solo añaden los cristianos que »la propia sustancia del *Verbo* y de la *razon*, esa sus»tancia por la cual Dios lo ha producido todo, es »*espíritu*; que esa palabra ó el *Verbo* ha debido ser »pronunciada por Dios; que, habiéndolo pronun»ciado lo ha engendrado, y por consiguiente es *Hijo* »de Dios, y *Dios* á causa de la unidad de sustancia. »Si el sol prolonga un rayo, su sustancia no se sepa»ra, antes bien se estiende. Así el Verbo es *espíritu* »de un espíritu, y *Dios* de Dios, como una luz en otra »luz encendida: así lo que procede de Dios es Dios, y »ambos con su espíritu no forman mas que uno; dife»rente en propiedad, no en número; en órden, no »en naturaleza, pues el Hijo salió de su principio sin »abandonarlo. Este rayo de Dios descendió al seno de »una virgen, y revistiéndose de carne se hizo hombre »á Dios unido. Esta carne, sostenida por el espíritu, »se nutre, crece, habla, opera; este es Cristo.»

Semejante demostracion de la Trinidad puede ser comprendida por los espíritus mas sencillos. Conviene recordar que Tertuliano hablaba á hombres que perseguian á Jesucristo, y se hubieran gozado en encontrar modo de atacar la doctrina y hasta la persona de sus defensores. No iremos mas allá con estas pruebas, y las abandonamos á aquellos que hayan estudiado la secta itálica y la alta teología cristiana.

Respecto de las imágenes, que someten á la debilidad de nuestros sentidos el mayor de los misterios, nos cuesta trabajo concebir qué pueden tener de ridículo en poesía, ¿seria acaso una pintura inferior á las de la mitología, la del padre bajo la figura de un anciano, ascendiente de los tiempos, ó representado como una efusion de luz intensa? ¿No es maravilloso ver al Espíritu Santo, al espíritu sublime de Jehová en el símbolo de la dulzura, del amor y de la inocencia? Al sentirse Dios poseido de la necesidad de sembrar su palabra, no es ya el espíritu aquella paloma, que con sus alas de paz cobijaba á los hombres; es un Verbo visible, una lengua de fuego, que habla todos los dialectos de la tierra, y cuya elocuencia erige ó derruye los imperios.

Para retratar al Hijo divino nos basta copiar las palabras de aquel que le contempló en su gloria. «Sentado se hallaba, dice S. Juan en el Apocalipsis, »sobre un trono: su rostro resplandecia como el »sol en su fuerza, y sus piés como laton fino cuando »está en un horno ardiente, y sus ojos como llama »de fuego. Salia de su boca una espada aguda de dos »filos: tenia en su derecha siete estrellas, y en su »izquierda un libro sellado con siete sellos: un rio »de luz manaba de sus labios, y resplandecian de»lante los siete espíritus de Dios como siete lámpa»ras, y del escabel de su trono salian relámpagos, vo»ces y truenos.»

(1) *Hier. Com in Pit.* El 3 simple de suyo es el único guarismo que se compone de otros simples, y que arroja otro guarismo simple descomponiéndolo; á escepcion del 2 no se puede formar sin el 3 ningun otro número complexo. Magníficas son las generaciones del 3, y están asidas á esa poderosa unidad, primer eslabon de la cadena de los números, la cual llena el universo. Grande uso hacian los antiguos de los números tomados metafísicamente, y no habrá quien diga que Platon, Pitágoras, y los sacerdotes egipcios, de quienes aprendian esta ciencia, fuesen imbéciles ó locos.

SERMONES

PRONUNCIADOS EN LA IGLESIA

DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

POR EL R. P.

Enrique Domingo Lacordaire

del órden de predicadores.

Se ha repartido la entrega 22 última del tomo.

Se ha concluido esta interesante publicacion, que consta de un tomo en octavo con 22 pliegos de impresion.

Se vende en las librerías de don Ignacio Boix, calle de Carretas, números 8 y 27; en las de los señores viuda de Calleja é Hijos, y en todas las principales librerías del reino y del estranjero.

ADVERTENCIA.

Con el presente número se dá fin al tomo segundo y á la publicacion de El Laberinto. *La empresa ha creido prudente tomar esta determinacion, porque continuar el periódico seria hacer interminable la coleccion. La novedad en España es el alma de las publicaciones, y por esto* El Laberinto *tal vez se presente en lo sucesivo con otras formas y bajo otro nombre. Sin embargo tenemos una deuda con nuestros apreciables suscritores; falta un número para cubrir la suscricion. De esta pérdida pueden indemnizarse los que gusten, ó bien con el* Diario, El Tiempo, *ó con cualquiera otra publicacion de la propiedad del señor Boix.*

DIRECTOR Y EDITOR, D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS DE D. IGNACIO BOIX, CALLE DE CARRETAS, NÚM. 8.